

MIS PRIMERAS CUARENTENAS

A mi mami Atalita Penagos Rojas se le complicó la vida cuando yo tenía casi tres meses de nacido, porque por la opresión de mis abuelos hacia mi papá Angel Quintanilla Moreno, porque se casaron tras un corto noviazgo (para aquellos tiempos), como que no les cuadraba mucho, y además, por ser refugiado de la Guerra Civil Española, en la que recibió un balazo que le dejó sin un pulmón. Fue entonces que el gobierno de Lázaro Cárdenas les dio asilo y mi padre llegó a México en 1940.

Como no era aceptado y prácticamente corrido de San Cristóbal, consiguió trabajo de administrador en una finca bananera en Acapetahua y para allá me llevó mi mamá, aunque el destino marcaba otros rumbos y tanto ella como yo, fuimos atacados por la epidemia de malaria o paludismo y Papito, mi abuelo Jesús Penagos nos regresó a San Cristóbal, donde nos curamos, pero nuestra vida se hizo más difícil, porque a mi madre se le fue la leche, gracias a la quinina que le administraron para curarla y yo, pasé a ser un sujeto urgido de apoyo porque la única leche que se les daba a los bebés era la materna. Así fui atendido un buen tiempo por diferentes damas caritativas que me daban de mamar. No me imagino las peripercias que pasó entre conseguir quien me diera de mamar, dónde, cuándo y cómo. Así llegué al año.

Un día, en plena Feria de la Primavera tanto tía Lola, como mi mamá se percataron de que su hijo, contemporáneo mío y yo estábamos mal. Nos tocó la frente, con la mano derecha.

---¡Estos escuincles están ardiendo en calentura! ---dijo.

Mi madre pegó su cara en la zona de su ojo, en nuestras frentes.

---¡Jesús! ¡Están hirviendo! ---exclamó--- ¡Vamos a llevarlos al doctor!

---¡Qué doctor ni que ocho cuartos! ---expresó Lola---. Orita mismo me lo llevo a la casa y le zampo un purgante. A mi, doña Atalita me llevó al médico, pero la calentura no bajaba.

Tras un periodo de fiebre, mi contemporáneo se murió, y yo seguí, bajo tratamiento, sin mejoría, y mi madre, desesperada, salió a la puerta de la calle llorando, en lo que el doctor Ochoa, Director de la Escuela Preparatoria y de Derecho pasaba y, al verla llorando, le preguntó el motivo de su llanto y ella le contó sobre mi estado de salud.

---¿Me dejarías verlo?

---Es que los médicos ya lo desahucieron.

---Entonces, ¿que pierdes si de todos modos se va a morir? ¿No que está desahuciado?

---Sí, pero ---calló y con la mano extendida lo invitó a entrar.

Checó a conciencia mi estado y movía la cabeza como negando.

---Atalita, tu hijo tiene sarampión y como no le ha brotado, tiene fiebre.

---¿Y se puede curar?

---Vete rapidito a la botica y pide que te preparen agua sedativa. Vas a la tienda El Globo y te compras franela roja, con un medio metro basta, y también un foco rojo.

“—Vas a bañar al niño con el agua sedativa, lo secas con la franela, enciendes el foco rojo y vigila al bebé. Para la tarde empezará a brotar y se pondrá algo colorado. Esa es buena señal de que va bien.

Tras muchas muestras de agraradecimiento al galeno, mi preciosa madre salió corriendo a la botica Regina, donde consiguió el agua sedativa y luego se ubicó en la tlapalería a comprar la franela y el foco rojo y regresó a la casa.

En ese ínterin las tías Elvira y Adelina, sin decir agua va, me envolvieron como taco y llevaron casi a la carrera a la catedral para bautizarme porque según ellas, no me curaba por no haber sido bautizado.

---¡Apúrale Adelina! ---ordenó doña Elvira--- traigan la jarra del fogón, ha de tener agua tibia, porque la de la pila bautismal debe estar helada y el cura nos está esperando.

Le pidieron bautizarme con el agua de la jarra y esta salió blanca.

---¡Esto no es agua, es leche!

---Pues bautícelo aunque sea agua de leche ---expresó Elvira.

Luego del bautizo regresamos a la casa. Mi mamá no había llegado.

Me acomodaron en la camita como me dejó mi progenitora, quien después de hacerlo, completó las instrucciones del médico y nos encerramos en el cuarto iluminándonos con el foco rojo. Al rato empezaron a manifestarse los cambios positivos y para la tarde, anocheciendo, abrió la puerta.

Cuando todo volvió a la normalidad, las tías presumían del milagro de mi curación, después de ser bautizado. Mi madre sonriendo, daba gracias Dios por enviarnos a Jesús en la persona del médico.

Entre el sarampión y el paludismo, desfilé por la varicela, escarlatina y rubeola, hasta que en enero de 1947, viajé con mi mamá, mi tío Jesús y mis abuelitos a México, ciudad a la que llegamos en escalas, en automóvil y autobús a Arriaga, y de ahí, al bajarme del vehículo en la estación, el aire me arrastró hacia el monstruo que bufaba y echaba vapor por las narices. Era el tren, en el que viajamos hasta la capital de la República, donde me enfermé de bronquitis y regresamos a San Cristóbal de Las Casas, antes de clases a inicios de febrero.

Mi mamá tuvo que hacer una escala técnica en la ciudad de México a inicios de 1950, apenas yo haber terminado mi primer año de primaria. Automáticamente fui miembro de la familia Penagos Rojas y de la primaria Adolfo Ramos me incorporé al segundo año en la escuela Ángel Albino Corzo con Mamita (mi abuelita), como mi maestra de grupo.

La ausencia de mi mamá provocaba que las horas y días parecían avanzar reptando, las olas de angustia se estrellaban en el borde de mi sinrazón de ser.

Por esos rasgos de tristeza tan fuertes en que hasta ahora todavía no recuerdo la letra de la poesía que declamé el día diez de mayo en el festival de la escuela. Y entendí por qué Mamita me dio de trancazos el día cinco, cuando me quiso poner una chaqueta Mac Arthur, color caqui, para enarbolar la bandera, rodeado de la escolta. No estaba en condiciones de representar un papel de soldado, quizá porque mi padre, al igual que mi madre no estaban conmigo y, ¡qué feo se siente

estar solo rodeado de todo mundo! Ella, con el desfile, al borde del estrés, no asoció lo que me pasaba. Fue mi bisabuelo Arturo, un hombretón de más de uno ochenta vistiendo siempre con su traje negro, que al pasar por ahí de regreso a su casa, a la vuelta de la esquina.

---¿Por qué le pegas a mi bisnieto que es tan respetuoso y obediente? ---preguntó curioso.

---Porque le mandé a hacer su traje Mac Arthur para que desfile de abanderado, como muchos quisieran hacerlo, y ya tengo su traje negro también, para que declame la poesía a la madre, el diez a las doce del día, que hoy voy a empezarle a enseñar.

---¿Le preguntaste si quería portar la bandera en el desfile? ¿Ya le preguntaste si quiere declamar el día de la madre, cuando su mamá no está, ni va a estar en este año?, esperemos que no más.

---Pensé que le iba a gustar; muchos otros niños me lo han pedido para marchar.

---Me imagino que tampoco le preguntaste de la declamada. Si no lo has hecho, es tiempo de que lo hagas, y si no quiere, no lo regañes, ni lo forces.

“Recuerda que su mamá lo es todo. Él no piensa en papá, porque ni siquiera lo conoce. Y el único amor que recibe es a través de ti, se lo vuelcas en contra. Este niño está solo porque sus abuelos y su tío Jesús están ensimismados en sus vidas y trabajo. Un niño de ocho años conviviendo con gente mayor. ¿Te imaginas?

Mamita se sintió mal, pero apegó su responsabilidad y ya no hablamos más de desfile y luego, en la tarde Me comentó sobre la declamación y me mostró el traje. No quise contradecirle y acepté. Me preparó para el diez e hice la mejor representación de mi vida declamando entre lágrimas.

En la primera semana del hMamita me llevó a la iglesia de San Antonio el día que le tocaba desde hacía muchos años, para pedir al Santo patrono de los enamorados, pudiera controlar a su enamorado esposo. Tomamos por la calle que va a un costado del cerro de San Cristóbal y en la curva que da a la plazuela se encontraba una señora de pobre vestimenta, sentada en una banquita expidiendo un platito que tenía los cerezos más grandes y bellos que yo nunca vi antes.

---Yo quiero el cerezo más grande ---le pedí y lo agarré con ansiedad.

---Hay que lavarlo bien y quitarles la cáscara porque es muy delgada y se pega a la tripa.

No hice caso de la recomendación y antes de las nueve de la noche llegó el doctor Trejo, quien luego de checar mis síntomas, me diagnosticó fiebre intestinal y me puso en cuarentena, como los presos: 40 días a pan y agua, jugo de uva, jugo de manzana, un caldo de cereales y unos papelitos amarguísimos que preparaban en la botica, de acuerdo con la receta del médico. Lo más molesto para mí, era la tarde, porque me quedaba solo en la casa y la fiebre me debilitaba más que la dieta. Una tarde como a las seis, antes de oscurecer jalé del buró, un frasco con alcohol y saqué un poco para refrescarme el estómago y la frente, y no sé si por debilidad el peso me ganó y me eché encima el líquido

Por coincidencia o efecto, me empezó a sangrar la nariz y el miedo me levantó. Salí al balcón y pedí favor de que le avisaran a Mamita. Ella al llegar se espantó y me ganó otra visita médica. El

tratamiento no cambió, pero sí el tiempo solo en las tardes, pues alguien pasaba a echarme un ojo.

De repente comencé a tener hambre y a las horas de mayor temperatura deliraba reprochándome el porqué en la comilona en casa de mi madrina Alicia, con manteles largos y pan blanco, desprecié los frijolitos negros con plátano bien maduro. En esas tardes entendí lo que es tener la temperatura alrededor de los 40 grados y sentir hambre que de poderte alimentar, te comerías un caballo, aunque fuera vigilia. Así, entre hambres y calores, a los cuarenta días me levantaron el castigo y ya pude ir comiendo a poquitos.

El día que me pude poner de pie, a cual más brincó del susto al notar mi famélica figura vistiendo un pantalón de brinca charcos, pues crecí casi diez centímetros y quedé más esquelético, como decía mi mamá en ocasiones como esa en que el hueso se mantenía por amor al pellejo.

Mi tío Jesús, Chusín en coloquial trato, cayó en igualdad conmigo, aunque por mi antecedente, al ver Papito que no mejoraba, viajó a Tuxtla a ver al famoso Doctor Esquinca.

---Por lo que me dice usted, don Chus, su hijo se está muriendo de hambre. Denle de comer ---ordenó.

Papito cambió la dieta y al comentarle al doctor Trejo, muy molesto, dijo:

---Entonces que le den guajolote. Lo hicieron y se compuso.

Ya en el inicio de este pandémico siglo, en el capicúa 2002, (se puede leer al derecho y al revés), la pandemia del H1N1 me alcanzó, pues comencé a mostrar los síntomas y con mucha tos me llevaron con el el director del Centro de Salud Urbano número seis, donde mi hija Atalita era administradora y me recetó de pastillas del tamiflú. Ahí mismo tomé las dos y mi alivio fue casi inmediato, a pesar de que estaban caducadas, a tal grado que me olvidé de la cuarentena

Ahora me tocó este año 2020 que nos trajo el coronavirus covid-19. Desde fines de febrero estamos en cuarentena y yo con la experiencia que tengo de las propias, estoy tranquilo en casita, Como aconseja el dicho del indito:

----Machete,!tate en tu vaina!